

# El perfecto erudito.

(*"El Día Gráfico", Barcelona, 9 octubre 1914*)

En cierta ocasión, un amigo mío, después de haber bebido un trago del agua de un vaso, dijo: «esta agua sabe a humedad!» y los circunstantes celebramos su ocurrencia como una de las más insignes gedeonadas. Y el, sin embargo, al encontrarse con nuestra zumba, insistió: «pues aunque os riáis, vuelvo a repetirlo; esta agua sabe a humedad... o a moho, o a lo que sea». Y lo cierto es que aunque la expresión resultara paradójica, él quiso decir algo y nosotros se lo entendimos y era algo que no carecía de sentido. ¿No se habla, acaso, de vino de Jerez seco? Pues bien cabe hablar de agua húmeda. Y hay gentes que se dedican a humedecer las aguas estancándolas, y a enmohecerlas. Y otros que deshumedecen las aguas. Las airean.

¿Qué es después de todo y en general un erudito más que un señor que se dedica a empolvar el polvo del pasado? Sobre el polvo de los archivos echa el erudito el polvo de la erudición. Se dedica a matar lo muerto. Es aquel Dryasdust de que Carlyle nos habla.

He conocido hace poco un ejemplar notabilísimo de la especie. Como que ya estoy pensando en comprarle su cuerpo a cambio de algún códice inexplorado, para embalsamarlo después de muerto y ponerlo en una vitrina en medio de legajos polvorientos.

Este formidable y extraordinario empolvador del polvo de los siglos, ¿a qué creen ustedes que se dedica ahora? ¿A hacer un catálogo de catálogos! ¿Y después hará una bibliografía de las bibliografías! Es el triunfo del arte.

Hace ya años que hablé, no sin escándalo de un buen amigo mío que de entonces acá ha ido acercándose al sentimiento que me dictó aquellas reflexiones; hace años que hablé, digo, del lector de catálogos, del que empezó leyendo libros, mas como esto le llevaba mucho tiempo y él quería devorarlos todos y «ars longa, vita brevis», pasó a leer reseñas críticas de ellos y revistas, luego revistas de revistas y por último catálogos. ¿Y qué gozo el de figurarse ante el título de un libro, lo que éste podrá contener! Es una fruición mucho más sutil y delicada y pura que la que de la lectura de un libro se puede sacar.

Figúrense ustedes que uno se tiende en un sofá o en una mecedora, dentro de un cuarto poquito y recogido y bien calentado, en un día de invierno, mientras llueve fuera—y si nieva, mejor—teniendo una taza de café aromoso sobre la mesilla y el que fumel ju



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES



veguero en la boca, y mientras sigues con la vista los anillos del humo, piensa en el título que acaba de leer de una obra en un catálogo que tiene en la mano. ¿Hay algo más sugestivo que un título? Como que a las veces cuando el título de un libro me encanta, me niego a leer el libro por temor a des-

encantarme. ¿Y por qué no ha de haber un ingenio que se dedique a inventar títulos de obras? Las hay cuyo único mérito es su título.

Pero ese extraordinario investigador de que les hablaba a ustedes, va a publicar un catálogo de los catálogos de librería publicados en España durante la segunda mitad del siglo XIX. Es una obra de extraordinario mérito que le ha costado largas vigias y pacientísimas rebuscas. ¡Ahí es nada, coleccionar el número de catálogos que ha coleccionado! Porque es, claro está, un coleccionista, como lo son casi todos los eruditos.

Hay quien colecciona botones, otro sellos, otro corbatas... he conocido un coleccionista de paisajes que recorría tierras tomando nota de todos los que veía, y conozco un investigador de la vida que colecciona sepulturas. Quiero decir que durante sus vacaciones, y mientras deja de indagar los secretos de la vida, recorre catedrales, iglesias, conventos, monasterios y camposantos, tomando con su veráscope vistas de sepulcros que, luego recorre y repasa en su hogar. ¡Y si fuésemos a pasar revista a los coleccionistas todos!

El estupendo erudito con que he topado, después de tener recogidos en colección casi todos los catálogos de librería de la segunda mitad del pasado siglo, va a catalogarlos. Y está convencido de que su obra será de grandísima ayuda para la historia de la cultura española en esa época histórica. Y yo no quiero dudar de ello.

Un catálogo de catálogos es, a la vez, en el orden bibliográfico lo más puro, lo más matemático, lo más ideal del arte de la investigación erudita. Es lo menos manchado con las impurezas del contenido, de lo material. Es el triunfo de lo formal, de lo puro.

¿No han observado ustedes el elevado y nobilísimo desprecio que hacia la poesía siente un erudito de ella? ¿Han conocido ustedes un erudito de mística a quien le inquieten lo más mínimo las graves inquietudes que el misticismo remueve en el fondo del alma?

Un amigo mío a quien la lectura de cierto libro le dejó trastornado y febril el espíritu me decía una vez hablando de otro, muy erudito, que lo leyó anotando multitud de sus





particularidades, modismos, detalles, etc.: «Parece imposible que lo haya leído!» Y yo le contesté: «¡No, tú eres el que no has leído el libro; tú lo que leíste en él fueron tus propios pensamientos». «¡Y él entonces?», me replicó. Y le dije: «¡El? él sabe que no es posible buscar en otro sino a sí mismo; que quien lee un libro de otro no lee en él sino lo que pone, y se limita humilde, sencilla y lealmente, a recoger lo único que puede recogerse: lo formal, lo externo, lo puro...» «¡Lo puro?...», exclamó. «Sí, lo puro—insistí—lo puro de contenido». Y como este mi pobre amigo no tiene el sentido de la pura erudición o de la erudición pura, no me entendió. No sabe que puro de contenido quiere decir lo que no tiene contenido, una cáscara de huevo sin yema ni clara, así como la verdadera libertad de pensamiento consiste en libertarse de pensar, en no pensar. Es un desgraciado que no ha conocido el inefable placer de poder rectificar una fecha.

¡Pobre amigo mío a quien una página escrita hace ocho o dieciocho siglos con sangre le hace que su propia sangre se le encienda y alborote! ¡Pobre amigo mío que guarda unas hojas sueltas que por azar cayeron en sus manos y las lee y releo conmovido y nunca se ha preocupado de averiguar quién las escribiera! ¡Pobre amigo mío a quien no le importa saber el año en que nació cualquiera de esos espíritus a que venera! «Lo más grande de este libro—me decía una vez mostrándome un ejemplar del Kempis—es que en rigor es anónimo; y yo prohibiría investigar quién lo escribió y dónde. ¿Para qué? ¿Qué importa?» ¡Han oído ustedes blasfemia igual?

Y en cambio a este mi amigo que no quiere saber quién escribió el Kempis, le indigna, que la América se llame América, por Américo Vespucio, y no Colombia, por Cristóbal Colón. Y me fué imposible darle a comprender que eso es muy justo, pues el verdadero descubridor de América fué Américo Vespucio y no Cristóbal Colón. Est, Colón, la inventó, pero Vespucio, que era mucho más erudito que él, que era el verdadero erudito, es quien de veras la descubrió. Y es muy justo que América lleve el nombre no por su aventurero inventor, sino por su erudito descubridor. Lo propio del erudito es dar nombres a las cosas y echar polvo al polvo. Es decir que se dedican a bautizar con polvo. Y el polvo con que bautizan huele a sequedad.

Ahora, de esto a que no sean útiles, va mucha diferencia. ¡No, no, no, Dios me libre de negar su utilidad! Son utilísimos, impres-



cindiblemente útiles.

Como tampoco cabe negar que a las veces producen verdaderas obras de arte. Guardo una, entre otras, que es una verdadera maravilla en su género. Se trata de la descripción de un códice en ocho páginas de treinta y dos líneas cada una y bien apretadas. ¡No una descripción de lo que el códice contiene idealmente, no, no! sino del códice mismo, de su tamaño, de la clase de papel, del número de folios, de la letra, de las manchas, de los agujerillos de la polilla... etc., etc. Les digo a ustedes que es una verdadera maravilla la tal descripción, una acabada obra de arte descriptiva. ¡Hasta creo que tiene gráficas!

Protesto contra la calumniosa especie de que yo desdeñe a los eruditos. Todo lo contrario; hoy por hoy los creo insustituibles. Nuestro material de estudio está desordenadísimo y hasta que ellos nos lo ordenen y clasifiquen nada podremos hacer con él. El orden es el principio de toda labor fructuosa. ¿De qué nos sirve tener una riquísima biblioteca si no acertamos a encontrar el libro que nos hace falta? ¡Catálogos, buenos catálogos! ¡Y catálogos de catálogos!

Hace unos años que tuve la acertada ocurrencia de poner en boca de uno de mis personajes de ficción aquello de que el fin del hombre era la ciencia y el fin de la ciencia catalogar el universo para devolvérselo a Dios en orden. No hay que dudarlo, Dios creó al hombre para que le sirviera de archivero. Y cuando el hombre haya enterrado el polvo de lo que fué y ha muerto debajo de la polvareda de la ciencia, de la ciencia cuya función es pulverizar los hechos y la vida, entonces Dios nos reducirá también a polvo a nosotros, sus archiveros. Y pues que todo al fin ha de reducirse a polvo, ¿no es lo más elevado dedicarse a empolvador o a polvorista?

Les digo a ustedes que ese catálogo de los catálogos de librería de la segunda mitad del siglo XIX en España va a ser una de las obras más geniales. Por lo cual no obtendrá ninguno de esos premios que nuestros centros otorgan a las obras de su género. La premiará el Supremo Erudito. Pero más vale no ahondar en esto. ¡Quién sabe si el universo no es más que un Códice cuyo contenido a nadie debe importar! ¡Basta, basta, basta! ¡Catálogos de catálogos! ¡Ideas de ideas! ¡Formas de formas! ¡a, más b, igual c! Esta es la fija!

Miguel de Unamuno.



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES